# BURDOY-DANTZA.

Noticiosos de que el distinguido escritor guipuzcoano Don José M.ª de Goizueta, autor de unas *Leyendas Vascongadas* y de otras varias obras no menos apreciables, y tan conocido por sus artículos y revistas críticas en la prensa de Madrid, tiene terminada una novela bascongada, cuyo título es Bur*doy-dantza*, crónica histórica que hace referencia a la famosa batalla de Beotibar, dada á principios del siglo XIV, y que la citada danza simboliza, puesto que se instituyó en conmemoracion de aquel glorioso hecho de armas, nos hemos dirigido al citado escritor, rogándole honrára las páginas de la EUSKAL-ERRIA con algun fragmento de su novela inédita, de la que tenemos excelentes informes, y que desearíamos verla publicada cuanto ántes.

A nuestras reiteradas instancias debemos el poder ofrecer hoy a nuestros lectores un capítulo de dicha obra, que es una interesante descripcion de la expulsion de Nabarra de la desdichada raza de los Agotes, capítulo que constituye un cuadro acabado, lleno de entonacion y de vigor, con un marcado sabor de la época, y avalorado por las riquezas de estilo que hacen tan apreciables las obras del Sr. Goizueta, á quien manifestamos gustosos nuestra gratitud por la ocasion que nos proporciona de ofrecer á nuestros lectores este bellísimo fragmento de su obra.

# BURDOY-DANTZA.

## LA DANZA DE LOS BORDONES.

### CRÓNICA DEL SIGLO XIV.

#### CAPÍTULO SESTO.

Dos meses ántes de los sucesos que acabamos de narrar, acontecían en Navarra otros que, aunque no tan importantes al parecer, no dejaron de tener cierta influencia en el desenlace de las escenas que vamos á presentar á nuestros lectores.

Si fuera posible elevarse á algunos millares de toesas sobre el nivel del mar, y abrazar desde allí toda la extension del antiguo reino, todas sus montañas, sus dehesas, sus rios, ciudades y villas, habríase notado una cosa extraña.

De todos los lugares habitados salían grupos de gente, unos más numerosos, otros ménos, pero que se dirigían á un punto céntrico; quienes atravesando llanuras, quienes abriéndose camino por entre enmarañados bosques; unos vadeando rios, otros trepando riscos; pero alejándose todo lo posible de las poblaciones, por muy pequeñas que fuesen.

Su punto de direccion parecía ser la cadena de montañas que arrancando de Alduides vienen á morir en los llanos de Sesma y Lodosa, vecinos al Ebro. Estos montes forman cordillera seguida, si se esceptúan algunos valles tan angostos que apenas ofrecen solucion de continuidad. Visto desde el castillo de algun globo aerostático, es indudable que el viejo Pirineo debe asemejarse á un árbol monstruoso tendido en tierra, cuyas raices ocupan las inmediaciones de Rosas, hundiéndose en el mar, cuyas ramas se estienden por la alta Cataluña, alto Aragon, Navarra alta y baja, cubriendo la superficie de todos estos paises.

Los montes hácia donde se dirigían aquellos grupos constituian una de las ramas del inmenso árbol caido.

Puesto que en nosotros está el decidir cuál de los grupos ha de ser objeto de nuestra curiosidad y exámen, escojamos el más numeroso de todos, el que se encuentra léjos de los montes.

Componíase la caravana de personas de ambos sexos y de todas edades, y caminaba silenciosamente por la Bárdena Real de Tudela.

Eran las doce del dia, y un calor sofocante secaba la menuda yerba que crece en aquel terreno salitroso. La yerba allí no es mullida, no es verde: es mas bien de un color anteado y tiene la consistencia de las púas del espino.

Por eso sin duda era tan penosa la marcha de aquellas gentes, cubiertas las frentes de sudor, los piés de sangre y los cuerpos de inmundos harapos.

De vez en cuando salían del grupo ayes de dolor, gritos de rábia, aullidos de desesperacion: volvian la vista atrás y proseguían su camino, procurando llegar cuanto ántes al lindero de un bosque que se descubría en lontananza.

Algun niño quedaba rezagado, sucumbiendo á la fatiga y á la sed, pues en aquel páramo tampoco había agua. La madre que echaba de menos á su hijo lo buscaba con inquietud, corría á su lado y demandaba socorro á gritos: entonces se destacaban del grupo dos ó tres mancebos, cogían en hombros al niño fatigado, y apresuraban el paso para reunirse con sus compañeros.

Otras veces era un anciano el que, tendiéndose en el suelo, herido el semblante, encendidos los ojos, morada la lengua pendiente de sus lábios ennegrecidos, murmuraba con voz doliente:

—¡Huid, hijos mios, y dejadme morir en paz!

Pero esta súplica, arrancada por el sufrimiento, no era escuchada: cargábanlo en hombros, como lo hicieran con el adolescente, y se lo llevaban.

El cansancio, sin embargo, hacíase notar mas y mas; los quejidos eran más frecuentes; los rezagados en mayor número....

Y el calor aumentaba: la atmósfera estaba caldeada: ni un soplo de aire, ni una sombra protectora, ni una gota de agua refrigerante; y el bosque léjos aun; muy léjos para aquella gente cansada, exánime, famélica, sedienta, moribunda.

Al verla caminar por la abrasada llanura, semejábase á un bote

cargado de náufragos y perdido en las inmensidad del Océano Atlántico.

La fisonomía de los que componían la caravana era diferente de la de los demás habitantes del pais navarro. Notábase en algunos de ellos el cabello rubio ó castaño claro de las razas septentrionales, los ojos de pupilas azules de la raza Caledonia, las facciones fuertemente marcadas de la Teutónica.

Otros, y no eran los menos, tenían los lábios gruesos y salientes, el color cobrizo, la crespa cabellera, la nariz de ventanas anchurosas, la ardiente mirada, el enjuto y nervioso cuerpo de la raza africana.

La mayoría era una mezcla de ambos tipos, mezcla confusa de los hielos del Norte y de los abrasadores climas del Sahara.

En lo que todos se parecían era en el terror pintado en el rostro, en lo desencajado de sus facciones, en su miseria, en su hambre, en su cansancio.

Las mujeres ocupaban el centro del grupo, llevando algunas un recien nacido á la espalda, y otras, dos ó tres hijuelos agarrados á sus manos y sayas. Otras, más felices, solo tenían que sostener los trémulos pasos de alguna anciana madre. Estas mujeres lloraban mirando al tierno infante que con anhelosa respiracion, con voz apenas inteligible, decía:

—Madre mia, agua: yo me ahogo.

Entonces la desgraciada mujer presentaba al niño un pecho lácio, que en lugar de leche manaba sangre.

Y el bosque huia á su vista, y la tierra despedía vapores ardientes, y los rayos del sol parecían querer derretir los redondos y brillantes pedruscos de que estaba sembrada la llanura.

Por las grietas de los piés de aquellos desdichados, introducíanse partículas corrosivas de sal candente por la accion solar, aumentando los agudos dolores causados por las puntas de la yerba, duras como el acero.

Ningun ser humano animaba el paisaje: las aves huian de él á esconderse en la espesura del bosque lejano, y solo el monótono y penetrante chirrido de las cigarras se mezclaba á los quejidos de aquellos desgraciados fugitivos.

Los jóvenes se hallaban colocados en los flancos y retaguardia de la temerosa turba, y los ancianos que podían andar sin ayuda abrían la marcha.

Los ojos de los hombres lanzaban miradas furibundas en todas direcciones; los lábios balbuceaban algunas blasfemias horribles mezcladas con tal cual súplica ferviente al Dios del cielo: las manos crispadas asían con temblor febril nudosos palos, únicas armas que mas bien servían para sostener sus vacilantes pasos que para defenderse.

¡Cuánto dolor, cuánta desesperacion revelaban aquellas miradas, aquellas blasfemias, aquellas crispaciones nerviosas!

Otro grupo desembocaba al mismo tiempo en la Bárdena, por el camino de Caparroso; pero formaba raro contraste con el que llevamos descrito.

En aquel, todo eran gritos de dolor, quejidos de angustia.

En este, algazara, risas, sonatas marciales.

En aquel, todo era miseria, hambre, sed devoradora.

En este, plumas, terciopelo, armas brillantes, mulos cargados de abundantes vituallas, cómodas literas.

En aquel, todo era cansancio, fatiga extrema, estenuacion precursora de la muerte.

En este, vida, movimiento, holgura.

Es que aquel lo formaban gentes proscritas, miserables, infelices, arrojadas al lodo, expuestas al bárbaro ludibrio del populacho feróz.

Este, por el contrario, se componía del séquito de uno de los señores más poderosos de Navarra; Martin de Aibar, señor de la villa de Aibar, merino mayor de las montañas, que rodeado de sus parientes, escuderos y monteros, acompañado de su esposa, de damas, perros y halcones, cabalgaba con gran boato por la Bárdena Real en direccion á Sangüesa, entreteniendo el camino cazando la zorra y la paloma torcaz que al azar atravesaba la llanura.

Hermosos y arrogantes eran por demás los caballos que, cubiertos con sus paramentos níveos, piafaban orgullosos é inquietos al lado de las blancas hocaneas de las damas.

No menos hermosos eran los perros que en trahilla turbulenta y bulliciosa iban conducidos por ágiles monteros, con calzas y jubones de búfalo y luciente jabalina. Y en verdad que aquellos lebreles nervudos, de color leonado, de larga cola y pendientes orejas, en nada desmerecían de las cabalgaduras del peloton brillante. Ni tampoco tenían por qué avergonzarse de marchar en tan buena compañía aquellos gallardos mastines de poblada cola, de robusto cuello, de enorme cabeza, de menuda oreja. Las halcones con caperuza de terciopelo

carmesí y cascabel de plata, no estaban menos erguidos, posados en el puño enguantado de alguna dama, cuyos ojos negros se mostraban por entre las sutilísimas mallas de un antifáz de seda que resguardaba su rostro de los ardores del sol.

La línea que seguía esta lucida tropa cortaba á la altura del castillo de Eguaraz, la que en su marcha había trazado la otra. Poco más de media legua habrían caminado los de la comitiva de Aibar, cuando uno de los perros que iba suelto á vanguardia, se paró en una ondulacion del terreno y lanzó un triste y prolongado aullido.

—Qué es eso, Gil? preguntó el de Aibar al jefe de los monteros.

—Lo ignoro, señor, contestó aquel; á ménos que el viejo Izotz que no veo por acá,...

Otro aullido más penetrante resonó en el espacio, y fué á perderse en los bosques. Al escucharlo, todos los perros de la trahilla empezaron á ladrar desaforadamente y á hacer esfuerzos violentos para desatarse.

—Veamos qué sucede aquí, caballeros! dijo el de Aibar avanzando al galope y seguido de toda la comitiva.

Al llegar al sitio donde estaba aullando el viejo lebrel, se encontraron con dos cadáveres de hombres, á cuyo lado se veía el perro echado en tierra.

—Uf! dijo el merino mayor volviendo el rostro con repugnancia. Son dos Agotes que habrán muerto de sed: ojalá llegue un dia en que pueda ver del mismo modo á todos los individuos de esa raza maldita. Mirad, la pata de oca cosida en sus vestidos.

—Ah! ah! exclamó Unza; pertenecerán acaso á los que han sido expulsados hoy de Caparroso?

—Cuerpo de tal! dijo el de Aibar, teneis razon; hoy era el dia señalado para su expulsion de todas las villas y ciudades de la ribera. —Avancemos, señores: quizá encontremos alguna de esas bandadas de descreídos en la Bárdena, en cuyo caso, ya que no hemos podido ofrecer á estas damas el espectáculo de una caza de ciervos, lograremos proporcionarlas otra más interesante.

Y esto diciendo, subieron al galope hasta la redonda cima de un pequeño montículo.

Acosa de media legua de distancia, descubrieron el grupo de fugitivos que ya conocemos.

—Allá ván, allá ván, exclamó el de Aibar; ea, Gil, soltad los pe-

rros, azuzadlos y tañed, tañed, vive Dios, el alhalí hasta que se os revienten los pulmones: al viento mi pendon, Miguel de Urroz; esta caza merece los honores de una batalla.

Soltáronse las trahillas, y los perros, escitados por los monteros, por los sonidos de las bocinas de caza, por el galope de los caballos, por los gritos de los hombres de armas y caballeros, se lanzaron á la llanura saltando desesperadamente y llenando el aire con penetrantes y atronadores ladridos: tras ellos corrían Aibar y su gente arrojando gritos y espoleando los corceles.

Apenas llegaron á oidos de los Agotes los ladridos de los perros, y pudieron divisar la cabalgata que avanzaba rápidamente hácia ellos, paráronse consternados, arremolinándose en confuso monton.

Las pobres madres que veían acercarse aquel alud de fieras, con los ojos encendidos, pendientes las lenguas, y abiertas las fáuces, apretaron contra el pecho á sus tiernos hijuelos, sin lanzar un gemido, sin derramar una lágrima, pues el terror las tenía anonadadas.

Por un movimiento instintivo, mas bien que por efecto de cálculo, colocáronse los hombres entre el grupo y los que les acometían, enarbolados en alto los palos: ¡defensa débil por cierto contra la rábia feróz de los lebreles y la fuerza numérica y armas del de Aibar y su comitiva!

—Por Dios vivo! exclamó éste: parece que se preparan á defenderse: corred, nobles damas, corred; espolead vuestras monturas si no quereis perder un buen rato; la diversion concluirá muy pronto.

Pero las damas se horrorizaron sin duda con solo la idea de lo que allí iba á suceder, y prefirieron quedarse atrás.

En el ínterin, perros, monteros, halcones, pajes y caballeros, cruzaban la llanura con la velocidad del rayo y se acercaban en tumulto al grupo inofensivo.

—Misericordia! gritó uno de los ancianos: veo el pendon del *Oso de Biscarret;* no hay salvacion para nosotros: ese hombre no ha conocido la piedad.

Y esto diciendo, se sentó en tierra y cubrió su rostro con ambas manos.

Al oir aquellas palabras, sus compañeros arrojaron un grito de desesperacion, que como el gran clamor de duelo de que nos habla el profeta, recorrió el espacio, subió al firmamento y llegó hasta el trono del Altísimo.

Y no habia medio de huir: el bosque protector estaba léjos, muy lejos para aquellas pobres gentes estenuadas de cansancio, y aterradas con la inminencia del peligro.

Otro grito lastimero, mezclado con alaridos de dolor, con chillidos de mujeres, con llantos penetrantes de los niños; grito que nada tenía de humano, volvió á esparcirse por la llanura, y el grupo de Agotes desapareció en una nube de polvo.

Entonces se ejecutó una horrible carnicería; los perros devoraban amontonándose sobre sus víctimas. Martin de Aibar daba gritos frenéticos y de salvaje alegría, espachurrando cabezas con su maza de armas.

El polvo cubría aquella matanza espantosa, y del seno del oscuro torbellino salían ruidos secos, ladridos sofocados, gruñidos feroces, quejidos moribundos....

Cuando se disipó el fúnebre velo, vióse cubierta la tierra de cadáveres horriblemente mutilados, de algunos perros estrangulados, y en medio de este espantoso y sangriento monton de muertos, una mujer alta, desmelenado el cabello corto y canoso, de ojos cóncavos, de tez morena y arrugada, que en pie, estendidos los brazos, y cantando una cancion monótona y de siniestra melodía, representaba la imágen de la muerte sobre sus víctimas.

Un terror supersticioso se apoderó del corazon de aquellos nobles verdugos, que retrocedieron asustados, llamaron á sus perros y volvieron riendas hácia el castillo de Eguaraz, desapareciendo luego de aquellos sitios empapados en sangre.

La mujer no cambió de postura: asemejábase á esos viejos torreones que quedan en pié en medio de las solitarias ruinas de los antiguos castillos góticos.

Cuando al calor sofocante del dia hubo sucedido la brisa de la noche, todavia resonaba en la desierta llanura el canto lúgubre de la anciana Agote: el buho que salía de la madriguera contestaba con su grito desapacible.

Este era el canto de muerte, la despedida fúnebre de aquella mujer.

Al asomar la aurora había desaparecido, y solo los buitres que trazaban espaciosos círculos sobre aquella escena sangrienta, animaban el paisaje en que reinaba la muerte con su terrible y silenciosa magestad.

JOSÉ MARIA GOIZUETA.